

HERNANDEZ, Isabel. *Ecos de mi mundo*. Valencia, Ediciones Ojuebuey, 1990, 33 pp.

Por Arturo Ramoneda

La vallisoletana Isabel Hernández ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de las relaciones culturales entre Madrid e Hispanoamérica y de la vida y la obra del escritor argentino Rafael Obligado. Como narradora y poetisa había hecho sus pinitos en numerosas publicaciones españolas, americanas y de Israel.

En los veintiún poemas de que consta su última entrega, *Ecos de mi mundo*, que lleva una esclarecedora introducción de Miguel Angel Garrido, es fácil advertir dos líneas temáticas bien definidas.

Por una parte, Isabel Hernández, en la vía de la nueva sentimentalidad que han impuesto en estos últimos años numerosos poetas, da rienda suelta a sus melancolías, tristezas y frustraciones («Y me dejas doliente, desesperada, y viva... Sin la total locura, / sin una flor del aire en mis entrañas rotas») y a su protesta ante un mundo en progresiva deshumanización. Aunque habitualmente se mueve en un plano general, algunas veces nos permite entrever las causas que han provocado estas situaciones anímicas.

Desde la desolación presente —tristeza (a veces, infinita), desconuelo, amargura, llanto, soledad, muerte y desamor son palabras que se repiten desde el primero hasta el último de los poemas—, desde este doloroso destierro temporal en el que todos estamos inmersos, la autora evoca el paraíso de candor y pureza, fugitivo e irrecuperable, de la infancia —numerosos poemas tienen como protagonistas a niños—, muestra su deseo de fundirse y perpetuarse en la naturaleza —ésta aparece también como proyección de un estado de alma— o se interroga e interroga a la divinidad acerca de su destino futuro y de los misterios y enigmas del mundo y de la vida («¿vestida de angustia me perderé en la nada, / adornada con lágrimas / caídas en la nieve / del misterio insondable / de un más allá que viene / montando a madrugada / caballero en la muerte?»). La ausencia de respuestas convincentes es lo que justifica sus dudas e incertidumbres —el tono, siempre mesurado y contenido, la aleja de la gesticulación tremendista y de las crispaciones de Dámaso Alonso y de otros autores de los años cuarenta—, pero también sus sueños y esperanzas.

El lector encontrará en algunos de estos textos ecos de los románticos alemanes e italianos, de Tagore y de A. Machado. Sin embargo, más que de influencias concretas, puede hablarse a una atmósfera asimilada y de una visión compartida del mundo y de la creación poética.

Por otra parte, Isabel Hernández, sin perder casi nunca de vista el entorno y su intimidad, recrea formas habituales de la poesía tradicional (a veces, como ocurre en «A un desconocido», lo personal se funde con tópicos de consolidado prestigio) o se ciñe a la lógica absurda de las canciones para niños. La ligereza, la gracia, el aire juguetón, el humor, la densidad expresiva, los ritmos muy marcados (el empleo de la anáfora es frecuente) de algunos poemas —de «Jaime» y de la nana «A un niño», sobre todo— nos aproximan a diversos autores de nuestro Siglo de Oro y de la Generación del 27. En «Amanecer en el mar», la fusión de un plano mítico con otro real da como resultado una nueva dimensión de lo creado.

Escrito con sencillez y con una métrica variada (dominan los versos de arte menor y el alejandrino), el libro ofrece muchas veces un lenguaje figurado de gran expresividad. Tampoco faltan los virtuosismos y las audacias formales. En «Depresión»,

por ejemplo, una sucesión de greguerías («Sol: yema marioneta. / Montañas: merengues nevados. / Charcos: cristales heridos», etc.) sirve de relleno para una composición de estructura netamente barroca.